

CAPITULO XVI.

EN EL IMPERIO.—LOS EMPLEADOS IMPERIALISTAS.—LO QUE SUFRIERON LOS HABITANTES DE GUADALAJARA.—QUIEN ERA ANTONIO ROJAS.

Todos sabemos que en las primeras horas de la noche del 31 de Mayo de 1863, salieron de México con direccion á San Luis Potosí, el Sr. Juarez, sus Ministros y los hombres más prominentes del partido liberal, en virtud de la aproximacion del ejército francés, el cual despues de ocupar la capital de la República, siguió invadiendo los principales Estados de nuestra infortunada patria.

El dia 2 de Enero de 1864, tuvo noticia el general D. José María Arteaga, de que los invasores habian llegado á Tepetitlan

y careciendo de fuerzas para resistir, evacuó la plaza el dia siguiente, sacando los elementos de que disponia y tomó el camino del Sur con direccion á Colima.

El dia 7 hizo su entrada el general en jefe Bazalme, al frente de su division, en medio del entusiasmo de algunos y de la consternacion de la mayoría.

El dia 8 convocó á una junta de notables á la cual encargó el nombramiento de autoridades políticas, judiciales y municipales. Resultaron *agraciadas*, entre otras, las siguientes personas: Prefecto político, D. Mariano Morett, antiguo general y comerciante honrado; magistrados del tribunal superior, D. José Justo Corro, D. Juan Climaco Jontan, D. José Peon Valdéz, D. Teodoro Marmolejo y D. Ignacio Salcedo Morelos. Suplentes: D. Nicolás Gil, D. Francisco Camarena, D. Jesus Agras, D. Ignacio Gil Romero y D. José María Verea.

Alcaldés propietarios: D. Agustin S. Villa, D. Agustin Portillo, D. Eufemio Alonso y D. Valente Quevedo. Suplentes: D. Antonio G. Guerra, D. Antonio A. del Castillo, D. Pablo Gutierrez, D. Lorenzo Rodríguez y D. Pascual Agras.

Regidores propietarios: D. Ignacio Romero, D. Jesus Ornelas, D. Guadalupe J. Camarena, D. Luis Chavez, D. Manuel

Gómez Ibarra, D. Emilio Alvarez, D. Antonio Guerra, D. Benito Perez, D. Silvestre Ornelas y D. Francisco Gil.

Regidores suplentes: D. Francisco Ahumada, D. Agustin Gil, D. Emilio Castillo Negrete, D. Celso Frasco, D. Joaquin Sousa, D. Vicente Romero, D. Severo G. Guerra, D. Felipe Hernandez Rojas, D. Jesus Rodriguez, D. Urbano Berruoco, D. Domingo Argüello y D. Ramon Romero.

Tres días despues entró con su division el general D. Miguel Mirámon, haciendo sus fuerzas mal equipadas y hasta harapientas, un papel muy desairado junto á los lujosos soldados franceses.

El general Bazaldué, despues de dictar algunas órdenes relativas á la campaña contra las numerosas partidas de republicanos que habia en Colima, Michoacan, Sinaloa y otros Estados limitretes á Jalisco, regresó á México, dejando con el carácter de comandante militar al general Douay quien á los pocos meses fué sustituido en este puesto por el baron general Neigri.

Mucho se dejó sentir en Jalisco, como en todas partes, la presion extranjera; pero mucho más con la comandancia de Neigri, quien pretendia que todos los ciudadanos pacíficos de las poblaciones cortas, le ayudaran á perseguir á las partidas de republicanos que habia en el Estado. Se indignaba cuando sabia que los hacendados, guardando una prudente neutrali-

dad, se abstenia de participar á la comandancia la llegada de tal ó cual fuerza á sus fincas, la cual muchas veces permanecia en ellas algun tiempo y se proveía de varios recursos. En Noviembre 21 de 1864 impuso varias multas por este motivo; al propietario de la Hacienda de "El Plan", mil pesos, al de "Las Navajas", doscientos, al de "El Zapote", mil pesos, y al de "Potrerillos", seiscientos.

Si á lo anterior se agrega la persecucion en Guadalajara á las personas que no eran adictas al imperio; los abusos de consideracion que cometian en el seno de las familias los oficiales alojados por órden de la comandancia, en las casas de particulares; los frecuentes casos que se dieron de que insultados en las calles nuestros paisanos por soldados franceses, si se les oponia la mas leve resistencia, eran aprehendidos y declarados enemigos de la Francia, sujetándolos á la Corte Marcial; la sangre de nuestros compatriotas que este siniestro tribunal derramaba sin piedad; si se atiende á todo esto, repetimos, se comprenderá hasta qué grado eran crecientes el disgusto y la constante ansiedad en que vivian los habitantes de aquella ciudad.

En obsequio de la verdad debemos decir que la mayor parte de las molestias, de las humillaciones y aun de los

insultos, los soportaron muchos de los desgraciados *tapatios* que con más entusiasmo se habían adherido á la intervencion francesa.

En el gobierno imperial sucesivamente fueron nombrados comisarios en Jalisco, D. Domingo Llamas, D. Jesus López Portillo y el general D. Ignacio Gutierrez. Mucho atenuó el segundo, en su época, los desmanes de los extranjeros, interponiendo con frecuencia su influjo poderoso en favor de sus paisanos, y si se vió con profundo sentimiento por los republicanos, que un liberal de los antecedentes del Sr. López Portillo sirviera al Imperio, en cambio se le estimaron los servicios que hizo á muchos en esa época terrible.

Entre tanto las poblaciones del Sur del Estado, no sufrían ménos que los habitantes de Guadalajara con las fuerzas de republicanos, en lo general desorganizadas, que se habían dirigido hácia esa region, sobre todo, con las de Simon Gutierrez, Rochin y las chuzmas del entónces general Antonio Rojas. — Diremos ya con más extension quien era este célebre personaje.

Antonio Rojas fué un guerrillero feroz, casi un bandido, á quien el partido liberal jamás debió haberle aceptado sus servicios: era de un pueblo del Sur de Jalisco, sin cultura de ni-

guna especie, de trato áspero, de elevada estatura, trigüeño, y la circunstancia de usar la barba en toda la cara, de faltarle algunos dientes, de tener la voz ronca y la mirada no solo desapacible sino de fiera, hacían de él un tipo repugnantísimo. Era muy valiente, pero de instintos verdaderamente salvajes.

Mandaba un regimiento de cuatrocientos hombres, reeclutados unos, de las gavillas de bandoleros que gozaban de mayor celebridad, y el resto, de escapados de los presidios.

En las épocas de revolucion, dejaba siempre á su paso por las poblaciones, una huella terrible de sangre, de deshonra para las familias y de escombros, por que incendiaba los pueblos no adictos á la causa que defendía.

Una vez, en Zapotlan, en la época del imperio, dictó una tarde la bárbara orden de que fuera quemada en medio de la plaza, la diligencia que llegó de un punto ocupado por los franceses, así como estaba, con pasajeros, bultos, cochero y caballos: algunas personas lograron, no sin trabajo, salvar de tal sentencia á los pasajeros; pero el coche ardió hasta consumirse y el cochero fué fusilado y colgado en la orilla de la poblacion. En esta ocasion hubo en Zapotlan y al dia siguiente en Sayula, multitud de honrados vecinos asesinados, por que defendían de la violacion á sus esposas, ó del pillage sus intereses;

En uno de tantos hechos de armas que sostuvo, cayó una vez en su poder el capitán ó jefe de la partida derrotada, y antes de fusilarlo, mandó quitarle la piel de la planta de los pies y lo hizo andar algún tiempo en tan lastimoso estado.

Iniquidad no menos horrible cometió en otra ocasión con los prisioneros José Antonio González y Matilde Murillo, á quienes les mandó sacar los ojos con un puñal: á estas desgraciadas víctimas, se les pasaba una pensión decente, decretada por Maximiliano, en Octubre de 1865.

Este monstruo que tanto combatió por las Instituciones republicanas sin comprenderlas, derramando más sangre humana que todos los tiranos del mundo, como dice Ireneo Paz en su obra "Algunas Campañas"; este hombre que fué el terror de los pueblos de Jalisco; este desgraciado que debió haber muerto cien ocasiones en un patíbulo, pereció gloriosamente disparando sus armas contra los invasores. El 23 de Enero de 1865 estando en la ranchería de Potrerillos, al Sur de Jalisco, dando descanso á su fuerza, fué sorprendido por el capitán francés Berthelin. Aunque en medio de la confusión natural que produce una sorpresa resistieron las fuerzas republicanas algún tiempo, después tuvieron que emprender la fuga. Entre los sesenta muertos republicanos que hubo en este lance, se halló el cadáver de Rojas junto al rifle que usaba.

Un amigo de Rojas, el general D. Julio García, juró vengar la muerte de éste y dos años más tarde, al frente de cien hombres montados y bien armados, buscó con ahínco á Berthelin, que ya había ascendido á coronel. El 10 de Noviembre de 1866 iba este con ciento cincuenta hombres en el camino de Jalisco á Colima, hácia un punto llamado "El Guayabo;" García lo encontró, se trabó una lucha terrible que duró poco tiempo: el republicano triunfó de los franceses y cumplió su juramento partiendo é personalmente de un sablazo, la cabeza del coronel Berthelin.

CAPITULO XVII.

ANGELA PERALTA.—PRISION DE IRENEO PAZ.

En compensacion, otros buenos hijos de Jalisco repartidos por todos los Estados en que habia fuerzas republicanas, lucharon sin cesar contra la intervencion: unos á las órdenes del general Régules, en Michoacan; otros con D. Mariano Escobedo, en Tamaulipas, la mayor parte, con el immaculado jalisciense D. Ramon Corona, en Sinaloa, y no faltaron otros á las órdenes del general Diaz, en Oaxaca. Muchos jóvenes que por diversas circunstancias de familia, no pudieron continuar luchando con las armas en la mano, lo hicieron en el periodismo. Ireneo Paz, por ejemplo, fundó "El Payaso," periódico de estilo jocosos, que saltó á la liza con un brío extraordinario. En obsequio de la verdad, aunque con pena, debemos decir, que

no obstante las instituciones autocráticas de entonces, la prensa de oposicion disfrutó de una libertad que ahora seria envidiable. Fué "El Payaso" de tanta popularidad, que aun el Emperador mandó pedir una coleccion, por conducto del Comisario imperial; sin embargo poco tiempo despues, fué necesario que su redactor lo suspendiera para escribir en su lugar "El Noticioso."

En Octubre de 1866 llegó á Guadalajara, nuestra inolvidable compatriota y distinguida artista Angela Peralta de Castera: ella estrenó el gran "Teatro Degollado", aunque faltándole entonces, el magestuoso frontispicio, la mayor parte de su ornamentacion interior y el elegante mobiliario que ahora tiene. La ciudad gozó por algun tiempo de las obras inmortales de Verdi, Meyerbeer, Donizetti, Bellini, Rossini y otros grandes maestros, admirablemente interpretados por el Ruiseñor mexicano: casi olvidaron los habitantes, los terribles sufrimientos de la patria, sojuzgada por el sable frances.

La noche en que la Peralta cantó por última vez en esta temporada, el público concurrió en masa con el fin de tributar sus más ardientes homenajes á la distinguida prima donna. La funcion prometia estar espléndida, y por la tarde ya se ofrecian grandes cantidades hasta por un palco tercero. Se

habian dispuesto diversos actos de óperas, concluyendo con el último de "Un Ballo in Maschera," en que la Peralta hacia el papel de paje.

Ireneo Paz, en su obra interesantísima "Algunas Campañas," refiere, como él sabe hacerlo, un incidente ocurrido en esa noche memorable: dejémosle á él la palabra, con lo cual saldrán gananciosos nuestros lectores.

"El jóven esposo de la Peralta que habia sido mi compafiero de colegio y á quien no conociamos en Guadalajara como Castera sino como Eugenio Nicol, por haberse educado en la casa del viejo Nicol, me comprometió delante de ella, con quien tambien cultivé amistad íntima, á que le dijera algo aquella noche. ¿Qué habia de hacer? El talento de esa gran artista me tenia extasiado; además, hubo otras circunstancias que no pude desatender, y á riesgo de todo, me presenté en pleno teatro al ser llamada á la escena por la centésima vez, y tuve, quién sabe si el valor ó la insensatez de recitarle una poesía compuesta por mí para aquella noche, con sus alusiones indispensables.—Una de mis estrofas decia:

¡Ah! de tantas alegrías,

Nos quedará la memoria! . . .

Hoy las penas son impías . . .

Tal vez en mejores días

Amaremos más tu gloria.

No se necesitó agregar que mi composición fue aplaudida con frenesí. Estábamos dominados por la ley del sable y diviábamos en el porvenir una perspectiva de libertad, ¿cómo no habíamos de dar expansiones á nuestro aprisionado entusiasmo?

Angela Peralta conmovida, quizás electrizada por la solemnidad del momento, se precipitó en mis brazos, significando así, que estrechaba en su seno á todos los buenos mexicanos: el público se puso entonces delirante. El escenario se inundó materialmente de flores, y cuando ya no habia flores que arrojar, llovieron sombreros, capas, abrigos de señora y cuánto se encontraba que pudiera significar una manifestacion de simpatía.

La orquesta, por sí sola, sin ser impulsada por nadie, tocó ruidosas y alegres dianas.

Como por encanto se llenó el teatro de cirios encendidos para sacar en procesion á la querida artista mexicana. Alguno dijo en medio del tumulto, que era necesaria esta ovacion, y fue hecho todo lo que se requeria, con la prontitud de un relámpago.

Los gritos de entusiasmo continuaron mientras Angela Peralta cambiaba de traje y yo pude escabullirme huyendo en

parte, de las consecuencias, bien que éstas me importaban ya poco, á la altura en que nos encontramos.

Mi casa estaba cerca del teatro, la procesion pasó por allí y algunos de los que iban en ella me nombraron, empezando á pedirme á voces. Salí al balcon y saludé: pero se manifestaba gran empeño en que dijera alguna cosa. El momento se presentaba comprometido porque el Alcalde Mayor en persona, habia dado el brazo á la Peralta para responder mejor de la tranquilidad pública. Toda la comitiva estaba detenida delante de mis balcones: tuve entones que revestirme de resolucion, y pronuncié estas breves palabras:

"¡Saludo al génio! ¡Saludo á los que lo comprenden y lo admiran! En este instante se presenta á nosotros como el símbolo de la libertad; desearia que todas esas hachas se convirtieran en fusiles y que todos esos corazones mexicanos palpitantes de entusiasmo, fueran otros tantos cañones que pudieran volverse contra aquellos á quienes puede considerarse como enemigos de la patria."

Yo callé y el Alcalde Mayor hizo impulso para que la comitiva pasara adelante; pero como la multitud insistia en que yo continuara hablando, vitoré al pueblo y á la artista mexicana, saludé y me metí:

El dado estaba ya tirado; menos que eso se necesitaba entonces para ser llevado á una prision. La mia no debia tardar, supuestos aquellos antecedentes y desde luego me dediqué á hacer mis preparativos para evadirme de Guadalajara. Algunos amigos estaban dispuestos á acompañarme, y solo nos faltaba proporcionarnos unos pasaportes que yo podia adquirir, pues no habia camino que no estuviera extrictamente vigilado. La ley marcial estaba decretada y sin necesidad de ella se fusilaba á todos los sospechosos que eran encontrados fuera de las poblaciones.

Nuestra situacion acabó de decidirse con la orden de suspension dictada por el comisario imperial contra "El Noticioso" que yo redactaba. Esto dió margen á otra nueva imprudencia mia, pues consideraba ya insufrible semejante yugo. Mandé fijar en todos los lugares públicos unas tiras con el siguiente relato: "Por orden del general D. Ignacio Gutierrez, se suspende la publicacion de *El Noticioso*. Se despide de sus lectores hasta mejores dias."

Se produjo el escándalo consiguiente; la policía fué encargada de arrancar las tiras y de buscar al editor responsable. Tenia, pues, tiempo de huir mientras se practicaba la inquisitoria. Ya todo estaba listo y solo me faltaba recoger algun dinero de

mis clientes para dejar asegurada la subsistencia de mi familia.

El día 12 de Noviembre de 1866 fué el designado para salirme de la ciudad. Me levanté temprano y salí á la calle para hacer mis últimos arreglos. En la noche anterior fueron aprehendidos el coronel Casimiro Paz y Celso Ceballos, sin motivo que justificara el procedimiento. Quizás era tiempo de salvarme todavía observando algunas pequeñas precauciones.

Volví á mi casa llevando un pequeño obsequio á mi esposa.

—Voy otra vez á la calle le dije: si no vuelvo á comer es porque estoy preso!

—Pues no salgas, me dijo llorando.

—Es de todo punto preciso le contesté abrazándola; y me marché.

Tenia nada menos que recoger de la Prefectura los necesarios pasaportes en blanco que debía proporcionarme un amigo.

Un jóven llamado Juan Villa, que había sido mi condiscípulo de colegio y que á la vez se encontraba empleado; me saludó muy afectuoso y me dijo tomando su sombrero:

—¡Cuánto me alegró de verte por aquí!

Tengo un negocio muy importante que comunicarte. En cin-

co minutos estoy de vuelta: me ha mandado llamar el Prefecto,

Algo encontré de extraño en todo esto, pero nunca me figuré que Juan Villa fuera un delator.

—¿Qué deseabas de mí? le pregunté cuando volvió.

—Nada, me contestó con la voz alterada, creía que traías algún negocio en que pudiera servirte.

—¡Ah! comprendo, murmuré tristemente, y nos despedimos.

Al salir del palacio, me encontré con dos policías que me esperaban. Mi sospecha se realizaba.

—¿Quién avisó á Vds. que aquí me encontraba? les pregunté.

—El señor Villa, me contestó uno de ellos.

El otro me insinuó que volviera con disimulo la cabeza.

El denunciante estaba en el balcon solazándose en su obra!

Siempre me resisto á encontrar sentimientos perversos en personas educadas y siempre soy victima de ellos. . . Sin aquella denuncia, la tarde y noche habrían sido bastantes para ponerme fuera del alcance del general Gutierrez.

Como el trecho que hay entre el Palacio y la Penitenciaría de Guadalajara es bastante largo, ensayé con mis conductores el recurso de la seducción, ofreciéndoles hasta lo que no podía

cumplirles; pero solo uno de ellos se mostró flexible. Apelar á la violencia no era posible por que no estaba armado.

Al llegar a la prision hice otro impulso que tambien me salió fallido. Cuando llegamos á una galería enteramente solitaria, próxima á la puerta de hierro que habia de cerrarse tras de mí con pesados cerrojos, me detuve resueltamente. Creía contar con uno de aquellos hombres que se habian manifestado en mi favor.

—Aquí lo arreglamos por bien ó por la fuerza les dije: Uds. me van á dejar escapar.

Se cambiaron ambos algunas palabras en secreto y me dijo uno de ellos.

—Esta bien, vámonos arreglando.

Tomé mi reloj de oro con todo y cadena, recojí de mis bolsillos cuanto dinero llevaba, me saque del dedo una sortija, é iba á entregarles todo esto, cuando apareció un hombre á nuestra espalda que dijo con tono imperioso:

—¿Qué hacen uds. aquí?

—¡El Jefe! exclamó uno de mis guardianes.

Ya no hubo recurso alguno: fui encerrado en aquella cárcel húmeda y sombría, en el galeron abovedado donde se encontraban todos los infelices consignados á las cortes marciales.

El Carcelero que era un sargento de grandes bigotes, con una cicatriz en la cara, abrió un calabozo que estaba á la izquierda del porton, me empujó allí sin decirme una palabra y en seguida echó los cerrojos....”

CAPITULO XVIII

CAPITULO ALFONSO

CAPITULO XVIII.

LA CORTE MARCIAL.—EL CORONEL D. EULOGIO PARRA.—DERROTA DE LOS FRANCESES EN LA CORONILLA.—JALISCO VUELVE AL RÉGIMEN CONSTITUCIONAL PRIMERO QUE NINGUN ESTADO, DEBIDO AL GENERAL CORONA.

Entre los caudillos republicanos à quienes habia tocado la inmensa fortuna de hallarse con nuevos y favorables vientos, despues de la deshecha tempestad que por poco hace naufragar la navé de la República, fué al general Corona, en Occidente. El hecho de que en esa importante parte de la República sostuviera, unas veces con éxito adverso y las más con favorable la dignidad nacional, no dejando un solo dia de disparar sus

armas contra los franceses ó sus aliados, rodeole de un gran prestigio y con él tuvo los elementos suficientes para levantar bien pronto un ejército respetable, en el cual figuraron desde luego como subalternos del caudillo, los bien acreditados Jefes Dávalos, Saavedra, Rubí, Salmon, Donato Guerra, Márquez, Eulogio Parra, Angel Martinez, Toledo, Granados é Ignacio Escudero. Una brigada de esta division mandó à mediados de Octubre de 1866, à expedicionar à Jalisco, à las órdenes del valiente coronel Eulogio Parra.

Las noticias desconsoladoras para los imperialistas, de los triunfos alcanzados por el general Corona en Ballona, La Concepcion Acajoneta y San Pedro: la de que el 13 de Noviembre habia ocupado el puerto de Mazatlan, y la de la aproximacion de la brigada de operaciones mandada por Parra, produjeron en el apocado general Ignacio Gutierrez, Comandante militar de Jalisco, una desmoralizacion extraordinaria, aunque esta no le hizo deponer su carácter despótico y cruel.

Continuaban las prisiones y los fusilamientos: en el último mes del gobierno imperial en Guadalajara, fueron encerrados en la Penitenciaría, ochenta y seis individuos, à disposicion de la Corte Marcial; y de estos se ejecutaron nueve: los que se aprehendieron, quedando consignados à la Comandancia, fue-

ron treinta y cuatro, por asuntos políticos, entre ellos, los conocidos miembros de aquella sociedad Ireneo Paz, de quien ya hablamos, D. José M. Castaños, D. Celso Ceballos, D. Miguel Perez, D. Mauricio Nuñez y el orador popular D. Emeterio Robles Gil.

La mayor parte de los que eran juzgados por la Corte Marcial, aún los sentenciados á muerte, desconocían el delito de que se les acusaba. Las autoridades de los pueblos consignaban á todo el que querían, muchas veces satisfaciendo odios personales, manifestando en el parte, que aquel individuo, pertenecía, había pertenecido ó se sospechaba que perteneciera á tal ó cual gávilla de ladrones ó de liberales, y eso era bastante para perder al acusado. El bárbaro tribunal se limitaba á preguntarle si tenía descargo que hacer ó alguna manera de probar su inocencia: el consignado, que rara vez llegaba á comprender de lo que se trataba, respondía cualquiera cosa, muchas veces en su perjuicio, y los jueces fallaban exponiendo, que en virtud de no haber sido desvanecidos los cargos, se condenaba al presunto reo á tal ó cual pena, según era el humor de los togados militares; siendo las más veces á la de muerte.

El capellán de la Penitenciaría, informó á Ireneo Paz, que en

los últimos meses del Imperio, había acompañado al patíbulo á 179 individuos, condenados por la Corte Marcial.

¡Qué inmensa responsabilidad contrajeron los que no satisfiechos con los ríos de sangre derramada por la independencia y en nuestras constantes luchas fratricidas, llamaron verdugos extranjeros, para empapar más con ella este querido suelo! La historia los maldice: nosotros los perdonamos, aunque nos causan profundo horror.

La brigada de D. Eulogio Parra se componía de tres secciones: la primera, formada con el cuerpo *Ramirez* y el batallón *Degollado*, iba al mando del mismo coronel Parra; la segunda, compuesta del batallón *Guías de Jalisco* y del *Lijero de Jalisco*, estaba á las órdenes del coronel D. Francisco Tolentino; y la tercera, á cuyo frente marchaba el coronel Donato Guerra, se componía de las guerrillas *El Salto*, *Ocampo*, *Independencia* y *Martínez*, al mando sucesivamente de los jefes Bernabé Ramirez, Jesus Arteaga, Celso Cosío y Ramon Martínez; del escuadrón *Guerrero*, mandado por el comandante D. Florencio Pacheco y del batallón *Miato* á las órdenes del teniente coronel D. José Palacio. Cuando por la orden general se dió á reconocer esta brigada como la de vanguardia del Ejército de Occidente, se dieron á reconocer también á Parra como jefe y por

segundo á Donato Guerra. Al primero se le extendió el nombramiento de Comandante militar del Estado de Jalisco.

Parra, despues de expedicionar por el Sur del Estado, se acercó á Guadalaajara el 17 de Diciembre del referido año, solo con el objeto de molestar á Gutierrez, cuya falta de ánimo le era conocida y acampó en el puerto de Santa María, á dos leguas de la ciudad; pero ya entrada la noche, fué advertido por sus exploradores de que habia salido de Zapotlan el 15 una columna de setecientos hombres, la cual se hallaba pernóctando en el rancho de las *Cebollas*, cerca de Zacoaleo: entonces dispuso que á las tres de la madrugada contramarcharan sus fuerzas para salir al encuentro del enemigo, enviando en observacion al comandante D. Hipólito Loreto que mandaba la vanguardia, y quien á las once de la mañana del 18, comenzó á batirse con la descubierta imperialista. Dictadas oportunas disposiciones por el coronel Parra, dió á mandar la derecha, al coronel Donato Guerra, la izquierda, al coronel D. Miguel Peregrin, Parra tomó el centro, y cubrió la retaguardia el coronel D. Francisco Tolentino.

La columna imperialista al mando del coronel francés Sayan, compuesta de doscientos sesenta franceses del batallon de cazadores, y el resto de mexicanos, atacó briosamente á los republicanos; pero estos, batiéndose con no menor ardimiento,

la recibieron con un nutrido y mortífero fuego que hizo retroceder de pronto á los contrarios con notables pérdidas. La batalla se hizo en breves instantes general. Los franceses volvieron á lanzarse con impetu terrible por segunda vez, sosteniendo la lucha por espacio de hora y media. Aquí, aunque causa pena, debemos decir, que la mayor parte de los soldados mexicanos imperialistas, huyeron desde el primer ataque.

El coronel Parra, comprendiendo que una carga decisiva podia darle la victoria, mandó una columna por la retaguardia del enemigo, á la vez que la caballería le atacaba por los flancos. Los franceses demostraron en esos momentos, un valor que correspondia á la fama adquirida por el soldado francés. Resistiendo el choque de los que con pujanza terrible los acometian, lucharon con denuedo, muriendo en esta carga, el coronel Sayan, jefe de la columna, el capitán H. Rourwel, el teniente Amye y los subtenientes Tronchon y Petit y considerable número de soldados. Viendo los pocos que áun quedaban con vida, que no era posible resistir por mas tiempo á sus contrarios, se retiraron hácia la hacienda del "Plan", batiéndose incesantemente, aunque perseguidos de cerca por dos columnas de caballería que fueron destacadas. A la una de la tarde llegaron los franceses al cerro de "Las Cabras" y en esta posicion que les proporcionaba alguna ventaja para resistir á los

republicanos, se propusieron defenderse hasta perecer todos. El mando de esos héroes lo tomó el Comandante Seré de Lanauze.

Pronto llegaron al frente de la posición las tropas republicanas, que en breves instantes, rodearon por todas partes a sus contrarios. La acción se empezó de nuevo, oponiendo los defensores del punto, una terrible resistencia. El capitán francés Aquiles Lussac, que había sido herido en el primer combate, siguió peleando y animó a sus soldados hasta el momento en que cayó herido de otro balazo. Los subtenientes Nogué, Marineau, Descaud, Clement, Chedel, Reñon, Roos y Huerta, este último, mexicano, aunque heridos, se portaron con un valor digno de mejor causa, sin dejar de batirse y de alentar a sus soldados.

Eran las cinco y media de la tarde y la defensa del cerro continuaba. El coronel Donato Guerra, (que en camilla seguía las peripecias de la acción, pues desde el principio fué herido), hombre de sentimientos humanitarios y admirador de los valientes, aun siendo sus enemigos, propuso al coronel Parra que se tocara a parlamento, para que ya no siguiera esa lucha desigual; Parra convino: se dió el toque; el fuego cesó por ambas partes, y los imperialistas aceptaron las condiciones que

les fueron propuestas por el vencedor, representado en el parlamento por el general D. Amado Guadarrama.

Así terminó después de siete horas de combate la acción llamada de "La Coronilla" por haber comenzado al pie del Cerro que lleva ese nombre. Los vencedores hicieron 312 prisioneros de los cuales 101 eran franceses, incluidos diez oficiales, y los demás mexicanos; les quitaron dos obuses de á doce con todos sus útiles; doce cargas de municiones para cañon y rifle, 250 carabinas á la Minié, 112 fusiles, 50 sables, ocho carros con sus tiros de mulas, conteniendo algunos equipajes, \$5,000, útiles de cocina, tiendas de campaña y algun vestuario.

El número de muertos que tuvieron los imperialistas fué de 150, de los cuales 135 eran franceses y los 15 restantes mexicanos.

Las pérdidas de los republicanos consistieron en 35 muertos, entre ellos el coronel D. Pedro Brizuela y el capitán D. Pedro Orozco. Heridos, el comandante D. Mercé Gonzalez, el coronel D. José Palacios, el capitán D. Pablo Aguilar, el teniente coronel D. Juan N. Ibarra, el subteniente D. Vicente León; los alférez D. Bruno Becerra, D. Hilario Barrios, D. Julio Garzon, D. Marcelino Bautista, D. Francisco Hajarero, D. Atlano Aguirre y 32 soldados.

Excusado es decir que los republicanos trataron con muchas consideraciones á los prisioneros franceses. El comandante Mr Seré de Lanauze escribió al coronel de su cuerpo con fecha 25 de Diciembre, y le decía, entre otras, las siguientes palabras: "Desde el día de la derrota hasta nuestra llegada á Guadalajara, que tuvo lugar el día 21, hemos sido objeto de la mayor solicitud por parte del coronel Parra, del general Guadarrama y de todos sus oficiales y soldados: lo mismo ha sido de los habitantes de Guadalajara y de nuestros compatriotas residentes en esta ciudad."

La derrota sufrida en *La Coronilla* por los imperialistas, llenó de un pánico terrible al general Gutierrez: increíble parece, pero el hecho es histórico: habia una guarnicion de cerca de tres mil hombres muy bien equipados, setenta y una piezas de artillería de todos calibres, una existencia considerable de proyectiles, monturas, ganado vacuno, muchas cargas de harina, abundante número de mulas, uniformes, fusiles, municiones y gran cantidad de efectos de diversas clases que tenian almacenados; y sin embargo de tan cuantiosos elementos, capaces para haber hecho retirar de nuevo al Sur al coronel Parra, D. Ignacio Gutierrez evacuó la ciudad en la mañana del 19 saliendo hácia Lagos y dejando, para ir á la lijera todos los elemen-

tos que acabamos de apuntar. Un historiador muy competente, dice:

"El material de guerra, víveres, vestuario y otros efectos que en la plaza encontró el coronel Parra, pertenecientes á las tropas imperialistas, al tomar posesion de ella, ascendia en valor á trescientos mil duros,"

Los mismos jefes republicanos jamas se imaginaron semejante desmoralizacion en el ánimo de Gutierrez, y emprendieron la retirada en vez de avanzar hácia la ciudad, porque tambien quedó muy mal parada la brigada con este hecho de armas, hasta que el día 20 una comision del comercio de Guadalajara fué á darle parte de lo ocurrido, deseosa de que cuanto antes ocupara Parra la plaza que, ya tenia dos dias de estar guarnecida solo por los comerciantes armados. Ese mismo día mandó con doscientos caballos al general Guadarrama á tomar posesion de la plaza.

Al día siguiente, 21, hizo su entrada á la ciudad el pequeño ejército del coronel D. Eulogio Parra, en medio de las aclamaciones de la multitud.

Cúpole la gloria al activo y valiente general Corona, de que mientras los demás Estados de la República quedaban aún so-

metidos al Imperio, él había izado la bandera nacional en Jalisco y Sinaloa.

La ciudad no sufrió nada absolutamente en esta brusca transición.

Los presos políticos se salieron de la Penitenciaría el día 19, sabedores de la huida del general Gutierrez.

El día 21 nombró Parra al Lic. Ireneo Paz secretario suyo, Jefe Político, á D. Regino de la Mora y director general de rentas á D. José María Hilar y Haro.

Pocos días despues, la poblacion con indescriptible entusiasmo engalanaba con flores y cortinas las puertas, ventanas y balcones de la ciudad, y llena de gratitud vitoreaba al héroe de Occidente, al modesto guerrero republicano general Ramon Corona que llegaba de Mazatlan.

CAPITULO XIX.

OTRA VEZ FRAY ANTONIO ALCALDE.—EL CANÓNIGO D. MANUEL ARTEAGA.—D. MANUEL LOPEZ COTILLA.—D. DIONISIO RODRIGUEZ.—D. JUAN GUTIERREZ MALLEN.—EL DR. D. AGUSTIN DE LA ROSA.—D. IGNACIO CAÑEDO.—D. JOSÉ PALOMAR.—OTROS HOM-
BRES CARITATIVOS EN GUADALAJARA.

Vamos á ocuparnos de los que vivieron practicando el bien á la sombra, en el misterio más profundo; de aquellos que si pudieran levantarse del sepulcro, lo harian para imponernos silencio; de los que sentían húmedos los ojos cuando enjugaban lágrimas, y oprimido el corazon cuando mitigaban dolores; de los que, en fin, se identificaban con las desgracias.

Aunque ya hemos hablado de las larguezas del Sr. Alcalde, no podemos resistir á la tentacion de insertar lo que el Sr. Na-